

www.elboomeran.com

Sara Mesa

Cicatriz



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Chaglez Fotografía. Perteneciente al proyecto
ESCAPARATES

Primera edición: marzo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Sara Mesa, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9792-0

Depósito Legal: B. 2594-2015

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

0. CICATRIZ

Ahí está, dice él. Señala el edificio más alto de la avenida, un bloque de dieciséis plantas viejo y rojizo, con desproporcionados alerones y pequeñas ventanas que espejean bajo el sol.

Se detienen en la acera de enfrente y alzan la cabeza para mirarlo.

Junto a las señales del abandono –cristales rotos, persianas descabalgadas, antiguos anuncios de alquiler–, se distinguen carteles de oficinas aún en funcionamiento: un bufete de abogados, dos auditorías, dos asesorías fiscales, una academia de idiomas.

Como te dije. Está casi vacío, murmura. Ella asiente en silencio. Cruzan la calle.

El interior es oscuro y está recalentado. En el vestíbulo flota una especie de polvo en suspensión que les hace carraspear. El color del enlosado palidece en el centro, donde debido al uso ha perdido el brillo. Tras su mostrador de madera, el portero no les pregunta adónde se dirigen. Los observa inmutable, masculla un saludo y enseguida vuelve a bajar los ojos hacia un folleto de publicidad que escruta con detalle.

La pareja se monta en uno de los ascensores y pulsa el botón de la última planta. Ella mira hacia el suelo y los lados; él, casi inmóvil, la mira de frente.

El ascensor chirría y traquetea como un viejo montacargas. Se concentran en el chisporroteo del fluorescente del techo, que se enciende y apaga intermitentemente. El indicativo luminoso está fundido; no pueden saber por dónde van hasta la brusca sacudida final.

Salen a un distribuidor sin luz.

Huele a humedad; en las esquinas se acumulan los residuos. Un tramo más de escaleras conduce a una azotea a la que no puede accederse en ascensor. La pareja sube con lentitud; él va delante, abriendo camino. Una ventana con los cristales casi opacos por la mugre vierte algo de claridad en el último espacio, un cuadrado de cuatro por cuatro metros por donde no ha pasado nadie en mucho tiempo.

Enfrentan sus miradas, se observan de arriba abajo.

Ella lleva una falda negra de seda, una sencilla camiseta verde y unas sandalias del mismo tono. Él viste un pantalón de lino, polo de manga corta, una americana también de lino, zapatos de piel con la puntera levemente estrecha. Hace mucho calor; los dos están sudando. Sonríen azorados.

Él le entrega una bolsa.

Ella la coge, mete la mano y saca una camiseta estampada en tonos grises y azules. Titubea, dándole vueltas a la prenda entre los dedos. Luego, con rapidez, se quita su camiseta y se pone la que él acaba de darle. Tarda tan sólo unos instantes, lo suficiente como para que él otee su torso desnudo, el sofisticado sujetador de encaje negro.

Mueve un poco la mano hacia su cuerpo, sin llegar a rozarla.

¿Cómo la ves?, pregunta ella.

Bien. Te queda muy bien.

Vuelven a sonreír. Él se aproxima, la besa en la boca. Ella se deja, con los brazos caídos y la espalda ligeramente arqueada hacia atrás. Él la toma por la cintura. Ella continúa sin moverse, sin corresponder.

La suelta.

¿Vas a dejártela puesta? Te va mucho mejor con esa falda que la otra.

En otro momento, responde ella. Prefiero llevar la mía. Ahora las dos son tuyas.

Ella se muerde los labios; insiste. *La estrenaré otro día.*

Se cambia de nuevo. Él la observa. Se le agita la respiración. Un estremecimiento le recorre las piernas.

¿Por debajo llevas también algo... mío?

Ella afirma con un movimiento de cabeza y baja unos centímetros la cinturilla de la falda hasta que puede verse el filo de una blonda color perla, por encima del pubis.

Es suficiente, dice él. Gracias, añade.

La chica dobla la camiseta con cuidado, se sube de nuevo la falda hasta su sitio. Guarda otra vez la prenda en la bolsa y se la devuelve. Permanecen callados, sin moverse, unos instantes. El rumor del tráfico les llega tan amortiguado que el silencio entre ellos se adensa, se hace irreparable.

Al salir del edificio, justo antes de cruzar el paso de cebra, él se vuelve hacia ella. *Se te nota una marca,* le dice. Los ojos le brillan al hablar. Ella incluso puede notar el movimiento de las pupilas, que se le agrandan y empequeñecen por momentos. *La cicatriz de la cesárea,* añade.

Sí, supongo que sí, admite ella.

Ambos se ruborizan. Luego ella susurra: *qué observador.*

No me importa, tartamudea él. Hace el ademán de tomarla por el brazo, pero luego congela el gesto, como electrizado. *En serio, créeme. No me importa en absoluto.*

1. SIETE AÑOS ANTES

Por encima de todo, se impone mi visión estoica de la vida: pase lo que pase, vaya como vaya el mundo, unos han de estar arriba y otros abajo, unos han de sufrir injusticias y otros han de provocarlas incluso aunque no quieran. Lo único que podemos hacer es confiar en que haya una justa proporción entre las alegrías y las penas. Sí: creo en la predestinación. ¿Qué interés tiene entonces vivir, si nunca seré el dueño de mis actos, e incluso estas palabras que ahora escribo, y la relación que tengo contigo, hace mucho que están escritas? Cuando se llega a tal conclusión, el fardo de penas disminuye, o se hace más ligero de llevar.

Una mesa metálica y unas cajoneras. Junto al ordenador, tres o cuatro filas de ficheros manuales. La sala estrecha, sin ventanas, con las paredes moteadas de manchas de humedad y un profundo olor a amoníaco y lejía. Un macetón en la esquina con un ficus de plástico y un chicle pegado que nadie se preocupa de quitar. Colgado en un pilar, el almanaque de una asociación benéfica, del año anterior, con algunas fechas rodeadas en rojo. El timbre de los teléfonos, el ronroneo del climatizador, la vida fuera que nunca, jamás, se cuela dentro. El mensajero que trae los paquetes ni siquiera se quita el casco de la moto al entrar. Rechoncho, basculante, deposita la mercancía, extiende el albarán para la firma y se marcha sin que nadie le pueda ver el rostro. Hay un murmullo constante en las

mesas del fondo. Dos mujeres cuchichean entre ellas; no detienen su cháchara ni para teclear o atender una llamada –la una descuelga, la otra continúa–. Conversan desgana- das, flemáticas, como cumpliendo con una obligación o un rito.

Tu hija, entonces, en la universidad...

*De todos modos teníamos que reformar la cocina, los gri-
fos monomando...*

*Es que a veces compensa financiar, porque te ofrecen un
seguro a todo riesgo...*

El mío quiere estudiar Veterinaria...

*... con queso Emmental y huevo batido, mucho, mucho
mejor.*

Frente a ellas, balanceándose en su sillón giratorio, So- nia arranca abstraída la espuma que sobresale de la piel rota del reposabrazos. Su rutina está perfectamente pauta- da. Cada día desprende una hojita del calendario de mesa, teclea en su ordenador los datos de unas decenas de fichas y luego se entretiene navegando por internet, mordiéndose las uñas y ahondando en la herida del reposabrazos.

Su trabajo –que considera un despropósito– consiste en volcar la información de las antiguas fichas de papel en una base de datos. Como las categorías rara vez coinciden, tiene que modificarlas, o deformarlas, o distorsionarlas, cueste lo que cueste, para que encajen. Al principio le atormentaban las dudas, se sentía paralizada por la respon- sabilidad. Preguntaba a sus compañeros y no tenía res- puestas, salvo expresiones mudas, transparentes, miradas huecas y quizá –le parecieron– levemente ofendidas. Un día oyó decir que en breve plazo la base de datos sería sus- tituida. Por un sistema nuevo, dijeron. Más racional, más moderno. ¿En breve plazo? ¿Qué significa *breve plazo*? ¿Mañana? ¿Dentro de unos meses, de unos años? Encogi-

miento de hombros. Bocas entreabiertas, abúlicas. Silencios que no ocultan absolutamente nada. Así que, además de tediosos, sus esfuerzos estaban siendo completamente inútiles. ¿Para qué la hacen trabajar así?, se pregunta. Nadie supervisa sus tareas, nadie controla sus horarios de entrada o salida, o los días de permiso que de vez en cuando se toma por su cuenta. Lo que están haciendo con ella, piensa, es entretenerla. Simplemente mantenerla ocupada para que no moleste. Una beca en el archivo municipal no da para mucho más. Es capaz de entenderlo.

La apatía se extiende como un cáncer, piensa. Como una enredadera, agarrándose firme en cada curva. Cada día mete menos fichas en la base de datos. Cada día falsea menos información. Cada día se dedica a tontear más y más tiempo. Encuentra en internet horas de distracción y juego, sobre todo en los chats, a los que muchos están empezando a aficionarse en esa época: diálogos, discusiones, mascaradas, un entretenimiento estimulante que le permite coger aire y ampliar las dimensiones de la sala.

Una vez entra en un foro literario. Le parece que los participantes son más interesantes que en otros sitios: hablan de libros, de películas, intercambian opiniones políticas y chistes revestidos de un sarcasmo que la hace sonreír. Se da de alta con un seudónimo masculino y enseguida recibe, con un aviso acústico y una señal roja, un mensaje privado en la parte inferior de la pantalla. *Eres nuevo, ¿no?*, pregunta alguien que se identifica como «Clarice». *Sí, dice, hoy es mi primer día. ¿De dónde eres? Vivo en una choza, como Walden.* Clarice ríe. *Qué ocurrente...* *¿No quieres decirlo? ¿Cuántos años tienes? Treinta y cinco,* responde. *Hum, la mejor edad para un hombre,* dice Clarice.

Sí, se divierte. Claro que se divierte. Siempre le gustó enmascararse. De niña solía contar en el colegio que era

bailarina, que su padre había muerto en la guerra, que en su casa tenían un piano de cola, que llevaban cristales antibalas en el coche, que su madre era rusa, que tenía de mascota un loro que recitaba la Biblia de memoria. ¿Mentirosa? Se lo dijeron muchas veces, y ella se quedaba incómoda, contrariada, con una espesa sensación de culpa rondándole durante días. No pretendía engañar a nadie, piensa ahora. Sólo vivir otras vidas. Su curiosidad era —es— demasiado grande para ceñirla a una sola existencia.

Hipatia, Sr. Pez, Venus Posmoderna, Ignatius J., Fray Angélico, Gatita Melosa, Knut Hamsun, Chris Pante, Elfriede, Mo Xi Co. Los seudónimos de los participantes corresponden a hombres y a mujeres, jóvenes y mayores, personas que dicen ser de esta o de otra ciudad, que afirman dedicarse a esto o a lo otro. Sonia lo pone todo en duda. Hay gente que entra a diario, a todas horas, y gente que casi nunca se deja ver; hay locuaces y parcos, previsibles y enigmáticos, agresivos y sumisos, clásicos y esnobs. Hay también muchos solitarios que buscan seducir, personalidades extrañas que se encelan, se ofuscan, presionan y luchan por el liderazgo en el grupo.

La percepción confusa de aventura se desvanece tan pronto como apaga el ordenador.

Menuda estupidez, se dice.

Y sin embargo decide sumarse a una cena que algunos de los miembros del foro organizan en Cárdenas, a unos setecientos kilómetros de su ciudad, ella, que no tiene dinero, que no tiene tiempo y que tendrá que inventarse una mentira para poder ir hasta allí sin que nadie en su familia censure ese capricho.